

Almuerzo del 24 de Junio de 1917.

La Academia, deseando mostrar su agradecimiento a los señores Correspondientes que vinieron de Madrid, para asistir a la primera sesión pública de la Corporación, les invitó a un almuerzo, netamente toledano, en el Salón de Mesa, o sea en su casa, invitando también a los Sres. Gobernadores civil y militar, D. Vicente Sebastián Erice y D. Miguel Martín Sedeño; Alcalde de Toledo, D. Alfredo Maymó Camahort, y asistiendo el Presidente de la Diputación provincial, Correspondiente, D. Gregorio Ledesma Navarro; el Académico Honorario, Excmo. Sr. D. José Francos Rodríguez, ex Ministro de Instrucción Pública; y los Correspondientes, Excmo. Sr. Conde de Casal, Excmo. Sr. D. Miguel Blay Fábregas, D. Angel Vegue Goldoni, D. José María Florit Arizcun, Ilmo. Sr. D. Norberto González Auriolés, D. Narciso Sentenach Cabañas, D. Ramón Pulido Fernández, ilustrísimo Sr. D. Vicente Lampérez Romea, D. Manuel de Sandoval Cútolí, D. Arturo Zomóza de Armas y D. Antonio Palacios Rámila, y de Valencia D. Rafael Rubio Rosell.

En este acto, a los postres, hablaron los Sres. Gobernador civil, Director de la Academia, Alcalde y el Conde de Casal, terminando el acto con el brillante discurso del Sr. Francos Rodríguez, que se inserta a continuación:

«Desde esta mañana tenía adquirido un compromiso con los señores de la Academia y con cuantos asistieron al solemne acto. Y era ese compromiso apartar de mi persona el elogio continuado, excesivo, con que me abrumaban las bondades de los señores Académicos.

Es verdad: el día en que fué el Alcalde a mi despacho de Director, y el día en que me visitó la Comisión de la Academia en mi despacho de Ministro; cuando han ido a verme toledanos a Madrid, o en cualquier ocasión en que yo he venido a Toledo, siempre se me encontró propicio para todo lo que significase influjo de mi parte. ¿Por qué? Porque no habrá ningún español

culto, ni hombre alguno nacido en tierra extranjera, que, habiéndose asomado a la Historia del mundo, no se crea obligado a prestar a Toledo el concurso efusivo, constante, acendrado, que merecen sus glorias inmarcesibles.

Toledo, para cualquier español, es motivo de fervorosas devociones por su pasado, por su presente y por su porvenir. Toledo, aunque haya quien lo dude, es la representación de España. Cierto que en nuestro país, como en todos los países, hay bien determinados matices regionales: Cataluña, con su tradición propia; Andalucía, con su belleza característica; Aragón, con su gloriosa historia; Castilla, con su ejemplaridad imponderable.... Pero en Toledo hay todo eso, porque por aquí pasó el esplendor romano, dejando la huella de su influjo en monumentos admirables; por aquí pasó el poderío del imperio gótico, que, habiéndose iniciado como un peligro, llegó a cumbres de cultura; por aquí pasó el exuberante imperio agareno, que infundió en sus monumentos, más aún, en nuestra sangre, los tesoros de su imaginación; por aquí pasó el imperio de los Austria, en cuyos dominios no se puso el sol; por aquí, en una palabra, pasó toda nuestra Historia. Por eso, catalanes, aragoneses, andaluces, insulares o peninsulares, hombres de la costa o de la montaña, no se consideran ajenos a Toledo, resumen de España entera.

Pero si estos lazos históricos no nos ligan a Toledo, nos ligaría a él una sagrada obligación espiritual. En Toledo, emporio del arte, busca y encuentra con largueza emociones nuestra alma. Cualquiera que haya permanecido dos horas en Toledo le será deudor de eso tan íntimo, de esos sentimientos del corazón que están sobre la política, sobre los apasionamientos, sobre los intereses; de todo eso que, emanando de Dios, permite a las criaturas comprender y sentir las grandezas de su Creador.

Y si esto acontece con cualquier español, ¡qué extraño que una persona insignificante, a quien el azar ha llevado a puestos superiores a sus merecimientos, aporte su concurso en beneficio de Toledo! Acepto vuestros lauros; pero como estímulo para hacer mayores cosas por Toledo, con lo cual, más que corresponder a vuestro honor, pagaré mi deuda espiritual a esta excelsa ciudad española.

Ahora que hay aquí representantes del Poder público, Senadores y Diputados, pongamos todos, como resumen de estos actos, el firme propósito de conseguir beneficios, justicia para

Toledo. Porque es verdad todo eso que hemos dicho; pero no lo es menos que España no se preocupa de lo que es Toledo. Hay que tratarla como ciudad aparte, como ciudad única, de modo que no recen con ella las Ordenanzas municipales, ni la alcancen, como a una ciudad cualquiera, todos los preceptos de las leyes provincial y municipal, a veces en pugna con la conservación de su peculiarísimo carácter y de sus insustituibles tesoros artísticos.

Quien quiera que haya viajado por el extranjero, habrá visto ciudades de países muy progresivos, inferiores en arte a Toledo, que conservan admirablemente el sello de sus tiempos pretéritos. Pues hagamos lo mismo nosotros; que Toledo viva para lo que ha de ser: para regalo espiritual del mundo entero, porque todo lo encontrarán aquí los espíritus selectos: los varios estilos artísticos, el carácter de las villas castellanas, las encrucijadas de leyenda, los rincones misteriosos, las rejas singulares, que tienen como impreso el espíritu de la tradición.

Toledo será siempre el centro de España, y avivar la atención sobre Toledo es derramar, por medio del turismo, beneficios cuantiosos sobre España entera. Porque hay que tener en cuenta que España tiene su mayor beneficio en la riqueza monumental y en las obras de arte. ¿Qué vamos a enseñar a los extranjeros? ¿Nuestros laboratorios? No los tenemos. ¿Universidades perfectas? Acaso lleguemos a tenerlas. ¿Hospitales modelos? Tienen bien poco de modelos. ¿Nuestras industrias? Están incipientes. ¿Arsenales? Se están empezando a construir. ¿Qué les enseñaremos entonces? Catedrales como no las hay en el mundo; maravillas del arte árabe, del plateresco, del Renacimiento..... ciudades típicas..... Goya, Velázquez, el Greco..... lo que tenemos únicamente nosotros y no tendrán nunca los demás. Protejamos, pues, el turismo, y para proteger el turismo, protejamos a Toledo, conservándole tal como es, sin caer en la locura de convertirle en una de tantas ciudades modernas en que las nuevas construcciones no suelen ser siquiera testimonios ni albores del progreso.

Por Toledo, por la ventura de Toledo brindo; de esta Toledo que, no estando en la realidad, está, sin embargo, en el corazón de todos los españoles. (Grandes y prolongados aplausos).»